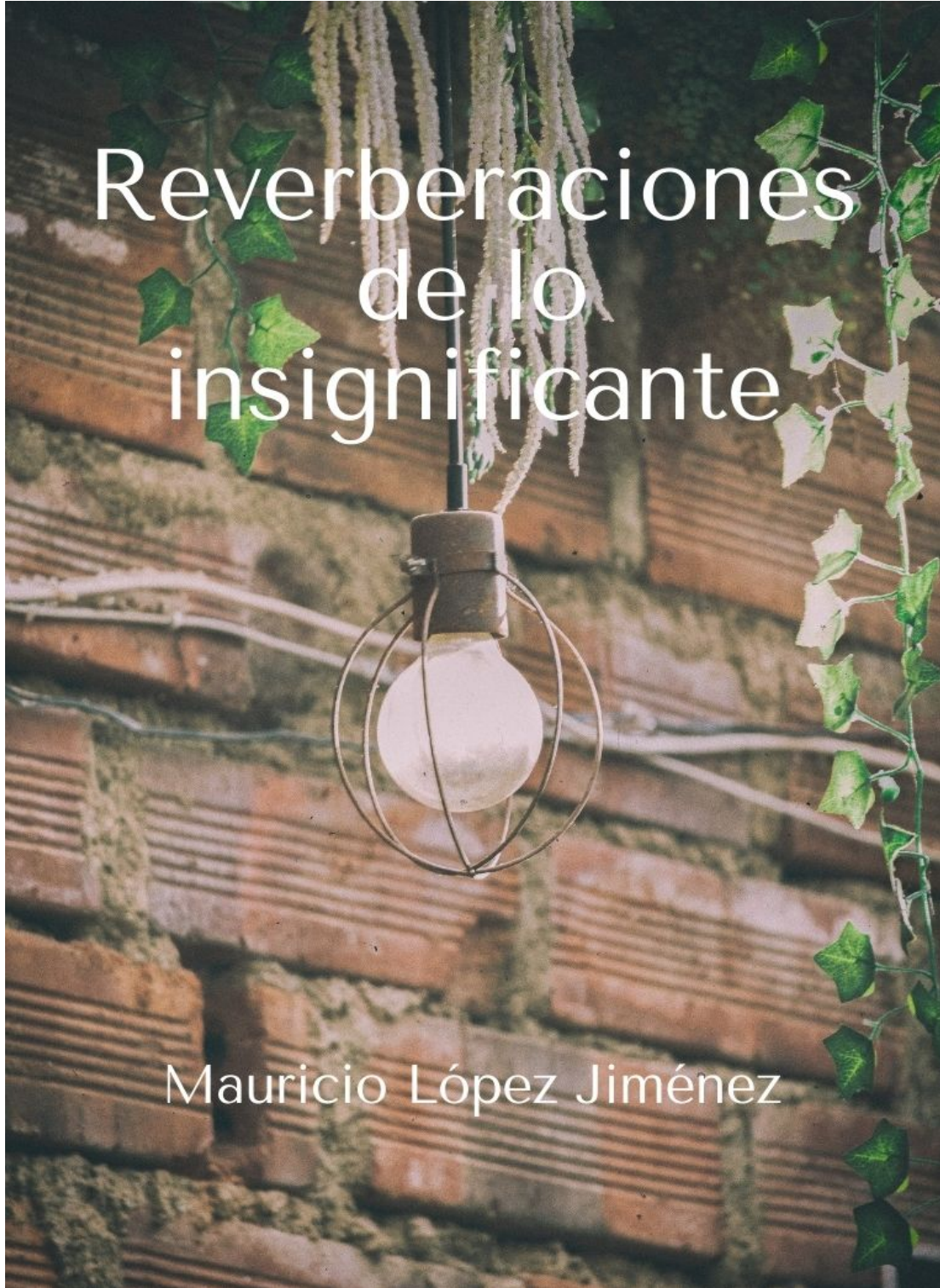


Reverberaciones de lo insignificante

Mauricio López Jiménez



Capítulo 1

A María Paula Montoya Londoño.

Lo sustancial ya se ha dicho, todo lo demás son notas al pie.

Aún falta por escribir la historia de lo insignificante.

Hay palabras que se erigen vomitando fuego en el aire.

El aburrimiento del mundo nos conduce al aburrimiento de los libros.

El aburrimiento se lima las uñas con lo infinito.

El aburrimiento sin límites de los inmortales.

El sabor del aburrimiento no es el de la hiel, sino el de la miel que ha perdido su sabor y nos fatiga las papilas.

El tiempo se aburre de nosotros como nosotros de él. Eso explica tantas cosas.

El alma, melodía nuestra.

La adversidad es el sentido del tacto del espíritu.

La música imita el alma de las cosas.

Los laberintos se pierden en las venas de Dios.

A veces cuesta creerlo: el mundo no gira a nuestro alrededor.

El ser humano cree que le pesan las estrellas, los astros, el cielo. Es solo el ego.

El ser, ese fragmento de nada que lo cree representar —cuando no, serlo— todo.

Ese tono arrogante de los que han «vivido mucho».

Quien es verdaderamente grande no se tiene que preocupar por serlo.

Vive engañado quien no es capaz de verse en el espejo.

Un estilo tan claro como un iceberg de silencio.

Acallar la respiración rápida para acceder a la eternidad.

Solo podemos acceder a lo eterno a través del instante.

Tener historia es tener cicatrices.

El ala, esa escultura del viento.

El universo está en la partícula de arena.

En cada gota de agua hay algo de lágrima, de río, de nube, de mar y de vida.

La esperanza es esa estrella fugaz que hace levantar la mirada al cielo para verla. Una vez los ojos están colgados del cielo, ya no se la ve más.

La lágrima, portavoz del dolor universal.

La tranquilidad, jardín de flores blancas.

La tristeza, fotografía de un arco iris a blanco y negro.

Las motas de polvo dan visos de lo infinito.

No hay muerte más poética que la caída de una hoja, aunque sea un cliché.

Por su lentitud, los caracoles y las tortugas acarician la eternidad.

Quizás el secreto de la existencia esté oculto en el corazón de una piedra.

Solo vale la pena observar el mundo a través de las ventanas rotas.

Aun cayendo al abismo habría que detenerse un instante.

El error, ese camino en que se puede andar en libertad.

Hay almas que tienen la forma de un alarido.

Hay paisajes en los que solo amanece cuando abrimos las páginas de un libro.

Hay quienes creen que al caer de cabezas están ascendiendo.

La verdad, vapor de agua que se desvanece en el aire.

Los ángeles hundidos en el fango olvidan volar.

Los rayos del sol no nos salvan de la muerte.

No me interesan los que no han escuchado el palpitar de una piedra.

Una soledad tan grande como la de las cosas que no existen.

Anhelamos que al morir podamos conservar de la vida siquiera los recuerdos.

La nostalgia, ese eco del pasado.

Recordar es un intento por hacer eterno.

Existe una pregunta con el poder de arrinconar y desvanecer el sentido de todas las cosas: ¿para qué? Pero existe otra con la capacidad de erosionar la base sólida —si es que tal cosa existe— de cualquier cosa: ¿por qué?

Las manos son la extensión del golpe o de la caricia.

La saciedad semántica revela la fragilidad del sentido de todas las cosas.

El alma del introvertido está hecha a imagen y semejanza de la Soledad.

El ser, esa conjugación de la soledad.

La soledad es el alma secreta de las cosas.

La soledad no solo es refugio, a veces es trinchera.

Solo los infecundos se aburren fácilmente de sí mismos.

Temen a la soledad los pobres de alma.

Solo estando en las fronteras de la vida se aprende a contemplar.

El más mínimo gesto de ternura vale todas las estrellas de la noche.

Es de tontos confundir ternura con capricho. La primera es una suavidad del ser. La segunda una impulsividad del deseo.

Resistirse al mundo desde la trinchera... de la ternura.

Solo yemas de dedos delicados son capaces de capturar la eternidad de lo efímero.

Lo escrito queda por fuera del tiempo.

Todo momento nos dice «adiós».

Hay sonrisas tan tristes que solo dan ganas de llorar.

Esa herida sangrante que es la vida.

Hay que detenerse de vez en cuando en la senda y desviarse para ver a dónde lleva el camino.

La vida, ese instante.

Sabemos que algo ha valido la pena de vivirse cuando estaríamos dispuestos a repetirlo. Sin embargo, para que sea todavía más valioso no se le debería repetir jamás.

¿Qué saben los dioses de la vida, de la luz del sol, de la condición efímera?

Vivir centenares de vidas en una sola para demostrar la caducidad de las filosofías de vida.

Vivir dando adioses para no tener que despedirse jamás.

La mística es la sensualidad frente a lo divino.

El llanto es la expresión primera del mundo. ¿No sería acaso el big bang un grito de Dios?

Si lo escucháramos todo, oiríamos el llanto de las piedras en los ríos y el alarido de los árboles.

¿Qué es una semilla sino una lágrima que puede retoñar?

La conciencia, ese dolor de muelas de la mente.

Ser puro como una lágrima de alegría.

En los antiguos instrumentos de viento se oye claramente la voz de Dios.

Dios no podría pensar sino sinfónicamente.

¿Sin la idea de paraíso qué sería del impulso de la elevación?

Se muere en tanto se pierde el presente. Se muere por distracción. Los inmortales están concentrados siempre en el presente.

El dolor «sin sentido» genera el sufrimiento de la confusión.

Los muertos, esos vagabundos que renuncian a los ajetreos de la vida.

La falsa solidez de este mundo que desvanece cualquier ensueño.

¡Cuántos mártires en el anonimato! ¡Cuántos santos del día a día!
¡Cuántos héroes de esquina!

Hay almas tan bellas que parecen hechas a imagen y semejanza de las más dulces de las soledades.

El arrepentimiento, escuela de la amargura.

La grandeza de un dolor solo nos revela lo ínfimo de la carne.

Acaso engendrar un universo sea el umbral de dolor más grande.

No habría que temer la muerte; habría que temer la vida.

La superación del miedo a la muerte en muchos no es más que otra de las formas de la vanidad.

Una nueva forma del miedo acecha a cada instante.

La tierra es un infierno: los colibríes mueren.

Dios está hecho de soledades.

Nuestra vanidad que persiste a pesar de conocernos; no es más que una compensación.

Hay personas —¡qué terrible!— que no parecen encarnar ninguna nota musical.

La música engaña a la memoria evocando falsos recuerdos de vidas que nunca fueron.

Un corazón árido que palpitara cenizas.

Todo ente es memoria de su creación, cuando no de su decadencia.

Morir con la furia de una súper nova.

La memoria, esa conciencia del tiempo.

¿En qué estrella se inmolan las soledades en las noches de insomnio?

Hay aforismos que pierden intensidad después de la segunda línea.

Tememos la humanidad en tanto la conocemos. Y tememos la humanidad en tanto hacemos ejercicio de introspección.

La percepción no es más que el grito del alma de las cosas.

A algunas ilusiones les gusta reencarnar en lágrimas.

Sin la oscuridad de la noche nunca conoceríamos las estrellas.

Ser alma y nada más.

El prójimo, ese bárbaro de nuestra soledad.

Hay almas de smog y vaho de alcantarillas.

¿Envidiarán los inmortales a los mortales?

Quizás al morir se recuerde la vida con una niebla espesa de lagunas, con una telaraña de olvidos, como se regresa de los sueños.

La risa nos abstrae de las miserias del mundo.

A menudo la idea del alma no parece más que un vulgar deseo de permanencia de nuestro ego más allá de la vida.

Los árboles viven en pleno estado de alabanza.

Un poeta que alcanzase la santidad a través de sus palabras.

Un escritor que solo escribiese silencios.

El pensamiento es un sentimiento hecho abstracción. El pensamiento es un sentimiento pervertido en ideas.

La sabiduría es una disposición: hay analfabetas más sabios que muchos intelectuales.

La belleza, triste canción de consuelo de la sinfonía escandalosa de este

mundo.

¿Quién pintará las variaciones de las llamas del infierno y de los espejos de agua del paraíso? ¿Habrá artistas del más allá?

Las nubes, esos estados de ánimo de los ángeles.

A Dios se le encuentra más fácilmente en la soledad, ¿es acaso Dios la gran soledad del universo, hermano de aquella nada cósmica?

Les llaman ojos calmos cuando casi siempre no hacen más que gritar silencios.

Ese otro juicio final que se vive a cada instante en la historia de la humanidad...

El tiempo nunca da un paso sin usar un zapato nuevo.

La muerte nos alivia de la angustia de morir.

Cada alma tiene su propia nube.

La quietud es una muerte prematura.

La inmovilidad del lector: se mueve en la mente.

La capacidad de decepción que ofrece el ser humano no tiene fin, si se albergan todavía expectativas en él.

El instante, esa mota de polvo que brilla a la luz del sol y luego se desvanece.

Todas las verdades son hijas de la muerte.

Los rayos de luz de la muerte que dan claridad en el bosque de la vida.

Esa elegancia de la brevedad.

Enseñar a los muertos a hablar lenguas vivas.

La conciencia, esa herida que se sabe abierta.

El pensamiento efímero, antes que el sistema: aleteo de una mariposa que no se vuelve a ver.

La historia, esa minuta de los vaivenes.

Tener el libro de la historia para prender una fogata con él.

Pensar por vicio y no por sistematizar.

El pensador es más escritor que filósofo.

Un libro del que ya no se pudiera salir una vez se le comienza a leer.

¡Tantos estados de ánimo y tantos paisajes en un violín!

Un músico que pusiera a cantar sus lágrimas.

Regalar instantes de utopía...

Hallar a Dios en esas tristezas musicales de canciones que nadie ha compuesto.

La tristeza, esa Sócrates.

Nos aburriría saber que todos recibiésemos el beneficio de la inmortalidad. Hay quien, en ese caso, renunciaría a poseerla.

El dolor es la llama de la vela de la existencia.

La degradación de... los triunfos.

La muerte: punto final de una obra de la carne y del hueso.

El alma solo podría fotografiarse con instrumentos musicales.

En todo instante podríamos tener «pocos minutos de vida». Cada instante nos suma. Cada instante nos resta.

¿Cuántas veces podríamos haber muerto ya?

La utopía siempre posible de... las canciones.

Hay rostros que se parecen tanto a nuestras alegrías perdidas.

Los silogismos nos llevan, naturalmente, a la misantropía.

Un ladrón triste: solo roba recuerdos alegres.

Los ojos deberían romperse al ver su propio reflejo.

Abstraerse tanto de este mundo hasta el punto de desaparecer.

¿Con qué pensamientos se regocijarán los muertos?

La modestia de las almas que no quisieron ver el mundo.

Esa lejanía de desierto intemporal a la que nos lleva el duduk... Lejanía de la que nos cuesta tanto regresar. Nos parece que allí, como príncipes ciegos, solo podemos regocijarnos contemplando nuestra propia alma: vacía.

No se debería dar opinión certera de una obra sino solo hasta su conclusión.

La mujer, melodía de lo multicolor.

El tiempo podría devolverse algún día como una flecha disparada a noventa grados que, una vez cansada del ascenso, no le queda más remedio que caer.

Esa sensación de grandeza con que nos inunda el éxtasis musical, tan cercano al éxtasis de lo divino.

La enfermedad arrincona, introvierte. El enfermo se exilia involuntariamente del mundo en su sufrimiento. Se encuentra cerca del místico o del anacoreta.

La palabra escrita tiene la magia del lenguaje mudo de la pantomima.

Saciar la sed en un afluente de lágrimas de violines.

El amor, esa confluencia de las neurosis.

Antes de discutir con alguien habría que recordar que es tan solo un

humano y que nosotros lo somos también.

La incompreensión de... los incomprendidos.

La ilusión es innecesaria.

El tiempo es una invención angustiante, diabólica. El infierno debe estar lleno de relojes.

El pensador, ese triste de profesión.

El dolor, esa sal de la vida.

Los estados de ánimo, esas canciones de las que crecen paisajes.

Andar entre espejismos para llegar al nunca más.

Quien duda de la realidad del mundo no ha sentido el dolor.

El amor, que vive envidiando a la amistad.

La enfermedad, esa ascensión hacia los abismos.

El amor es egoísta: amamos lo que nos viene en gana de amar.

Siempre olvidamos que estamos muriendo. Nos aterra recordarlo.

La soledad triste y gris de los enfermos.

Hay canciones tan bellas que se parecen a las dunas de los desiertos que existen en nuestra alma.

Una antología universal de los libros que nunca fueron publicados.

Hay melodías que nos hacen crecer alas en la espalda.

El toyo, como la voz grave de un dios prehispánico, nos revela los escalofriantes vacíos sin fondo de nuestra alma.

Todo adiós es una desgarradura.

El porvenir, esa nadería.

Los sistemas filosóficos: temperamentos.

Hay pueblos que parecen condenados a la violencia, a la miseria. Parecen pueblos elegidos para el martirio. Sus gobernantes, en general, no hacen más que perpetuar ese sentimiento de pecado original.

La cercanía de la muerte, aunque sea su mero roce, nos hace sentir una

vejez prematura.

El cuerpo, mina de placeres; mina de dolores.

El dolor nos convierte automáticamente en pensadores.

El tedio volatiliza la vida.

Las esperanzas, esas estrellas inalcanzables en el techo de la noche.

La posteridad, esa bagatela.

Quien escribiera para el pasado y no para la posteridad.

La atroz certeza del dolor, nos recuerda esa Verdad -en mayúsculas- que es la Muerte.

El miedo nos acorrala como una fiera a la presa.

Las músicas nativas parecen tener una estrecha relación con el paisaje originario...

La vejez, esa cima que tememos y que, sin embargo, quisiéramos alcanzar.

La timidez nos aleja del mundo, nos hace construir una trinchera en contra del universo dentro del mismo.

El amor es la única utopía en que se podría pensar. Sin embargo, nuestro amor es, por lo general, terriblemente egoísta y caprichoso.

La música andina, sublimación del vuelo del cóndor.

En su lógica, el asesino no mata, se deshace del otro, de un cuerpo.

Evitamos las calles por las que ha andado la muerte. Sin embargo, ella va siempre a nuestras espaldas.

El insomnio, muestra gratis del infierno.

Los vacíos existenciales no les llegan a los tobillos a esos vacíos musicales en que nos parece sentir desvanecerse a nuestra alma.

Un limbo en el que vivieran los que nunca nacieron.

No se puede saborear el éxtasis de continuo.

El presente es un fantasma que siempre huye, que nunca se deja atrapar.

Estar vivo... Cómo sorprende ese estado, negativa o positivamente.

A veces nos vienen recuerdos de cuando no existíamos. Nostalgia pura de cuando no éramos.

Ser un beduino en el desierto de la propia soledad.

La mirada tensa de dos que van a pelear tan parecida a dos que se van a besar.

El yo, esa enfermedad.

El ney, esa flauta de la que florecen serpenteando tantos desiertos.

Hay instrumentos musicales que nos llevan al origen de los tiempos.

En el mundo de los sueños: brillamos de noche y en el día, somos oscuridad. En el día somos el sueño de alguien más.

Un zapatero que solo arreglase zapatos a otros colegas: el poema que solo habla del Poema.

Las preguntas son interesantes hasta que se queda colgado de una última interrogación.

Nada hasta como el sentimiento del hastío.

Todos los instantes idos se convierten en estrellas de un universo que no volvemos a ver jamás.

Conocer el mar y, sin embargo, nunca tocarlo.

¡Cómo nos alegra la estupidez! Es un manantial inacabable de alegrías.

Las enfermedades, esos paisajes infernales del cuerpo.

Quién pudiera consolar el llanto de un violín.

El melómano no es el coleccionista.

Más allá del melómano está el que deja vivir a la música en su propio ser.

La increíble inocencia de aquellos que no conocen este mundo.

La curiosidad... Pescar respuestas con el anzuelo de los signos de interrogación.

Buscar un espacio para la divinidad en la era de los microchips.

El nacimiento es todavía más traumático que la muerte en tanto que la contiene.

Una frase que desastillara el universo o que sencillamente dejase entrever una verdad del tamaño de una hormiga detrás de la pared de lo velado.

El desierto es un llanto de la arena.

Se piensa mejor con la luz apagada.

Escribir un libro que al abrirse pudiera cantar.

Las sombras temen que las devore la oscuridad.

Hay paisajes que solo viven en las canciones.

La condición de víctima implica casi inevitablemente la imposibilidad del olvido.

Todo pensamiento deriva del desorden.

Hay nebulosas que nacen de la fricción que hace el arco contra las cuerdas del violín.

La grandilocuencia, vicio de almas encogidas.

La madre de Cioran habría escrito Del inconveniente de haberlo parido.

El prójimo ideal es casi siempre contrapuesto al prójimo real.

Los seres humanos compensamos nuestra fragilidad con el desarrollo de técnicas que nos hacen más crueles.

El lenguaje es la primera articulación de la magia. Hace presente lo ausente.

La literatura, conglomerado de falsos pasados.

Ver el universo en las motas de polvo que se acercan enredadas en el viento.

Vivir fantasmalmente.

La inteligencia, esa trampa que la naturaleza se inventó para sortear sus otras trampas.

La terrible ancianidad de las cosas eternas.

Hay melodías en las que oímos la desgarradura de nuestra propia alma.

La música, esa experiencia tan cercana a ese sueño infantil de volar.

Aunque nunca lo hayamos surcado, hay canciones en las que parecemos navegar en el mar.

Los sentimientos se evaporan siempre en aires musicales.

El fracaso nos dota de vida interior.

La realidad, ese cuerpo geométrico de caras infinitas.

La locura es un desarreglo musical.

La vanidad es una falsedad. Si pudiéramos vernos cual somos nos derrumbaríamos como un castillo de naipes.

Hay vidas en las que la muerte es una conquista.

El deseo nos ubica siempre muy por debajo de lo deseado.

Todo pensamiento es un desequilibrio interior.

Hay que dejarle la «poesía» a los «poetas».

Hay algo de pesadilla en el verbo ser.

Antes la gloria del fracaso que la decadencia del éxito.

Ese extraño sentimiento de hallarse vivo.

Un grito que paralizara el mundo.

Se es siempre la última versión de sí mismo.

El presente es la cima de la historia.

En todos los rincones del mundo hay semillas de... decepción.

La enfermedad de la vida interior.

El pasado desprende músicas aromáticas.

El espíritu se marchita de convicciones.

Ser profeta de la poesía.

La violencia, ese ruido. El ruido, esa violencia.

Una enfermedad de ultratumba: la desafinación de las almas.

En las fiebres parecemos acercarnos a una verdad. Se desvanece como una ilusión.

La civilización no nos libra de la estupidez; la perfecciona.

Si el sol nos pudiese comunicar algo, se oiría una ácida carcajada de ironía.

Un esquizofrénico que temiera el desgarramiento del universo.

Vivir todas las vidas posibles para olvidarlas al final.

Lo divino no sólo se manifiesta en el silencio. Con frecuencia se revela de manera musical.

El obsesivo sufre sed de tiempo.

Solo deberíamos confesar nuestros secretos en las tumbas de los cementerios.

En muchas de las personas, más que confianza, habría que tener fe.

Hay rostros que inspiran toda la confianza del mundo.

Si no estás siendo explotado, fíjate que no seas un explotador.

Para conocer cómo serían las noticias en el infierno, bastaría con abrir un

periódico amarillista cualquiera.

Esa sensación de terrible fragilidad que nos proporciona una enfermedad severa y repentina.

Solo el amor podría redimirnos. Sin embargo, por lo general, amamos de la manera más egoísta posible.

Lo menos interesante de una obra es su crítica.

Los arrepentimientos crían arrugas.

Ser el elegido para la nada.

El tiempo es la muerte.

La enfermedad languidece el erotismo.

La verdad febril de un cuerpo desnudo nos hace dudar de la realidad del resto del mundo.

El aforismo, esa estrella fugaz.

Los teólogos, esos comentaristas de Dios.

Con el tiempo pareciera que el cuerpo nos traiciona.

Un filósofo que sólo escribiese poemas.

Un poeta que sólo escribiese sentencias de ley.

La energía inexplicable de que nos provee la furia: un demonio encendiendo la pólvora del alma.

Deberíamos desvanecernos al mirar nuestro reflejo, aparecer solamente en la mirada del otro.

Nos parece que el otro tiene espinas, que nuestra piel está inocentemente desprotegida frente a él.

Solo se puede sentir el odio si se acerca lo suficiente.

La lujuria es exaltación y caída.

Las religiones, esas traficantes de Dios.

Para el nostálgico el tiempo no es el agua que corre, sino los granos de arena coleccionados en la playa.

El pesimismo y el optimismo; vicios fáciles del pensamiento.

Con frecuencia, el diagnóstico es todavía más terrible que la enfermedad.

Salvo que se fuera todo al mismo instante, no hay disposición sensorial para ver la realidad tal cual es.

Si las piedras se pudieran expresar, exhalarían el más terrible de los gritos.

La filosofía debe cambiar con el instante.

¿Para qué esas ciudades en las que no hay posibilidad de oír el rumor del viento en una arboleda?

No hay que apresurarse. La muerte siempre espera. Espera toda la vida. Espera, espera, espera.

Las formas de gobierno son las formas en que se organiza la opresión.

Un servicio de correo que llevara cartas a través del tiempo.

Hay que sacarse los piojos de la conciencia.

Vivir, sobrevivir y... sobrevivirse.

Somos nuestra propia muerte.

Ni siquiera los artistas mismos son el juicio final acerca del arte.

Mirar al futuro es mirar atrás.

La bondad nada tiene que ver con el placer.

Los pasos de la bondad nos conducen por el camino de la alegría.

No conocemos ni siquiera los recovecos de nuestro propio cuerpo.

En la tarjeta de presentación de Dios: Constructor de mundos.

La oración fue quizás la invención de un solitario.

La creación nos acerca a la naturaleza de lo divino.

Una obra en que los personajes rechazasen su existencia.

Cuesta aceptarlo: con frecuencia nos queda grande el amor.

Sería innecesario esperar un apocalipsis. Bastaría que todo se acabara en este instante.

Hay verdades pequeñas que gustan de ocultarse debajo de las piedras.

Las nubes, esos carruajes de los arcángeles.

La desnudez de la mujer, dulce espiga de avena.

Fundar un país que no tuviera fronteras.

Sólo el arte estéril no sirve para nada.

Somos lo opuesto a la utopía para anhelarla.

¿A qué Edén irán esas semillas aéreas que no parecieran germinar jamás en los suelos de este mundo?

El esqueleto permanece ahí para recordarnos la finitud. Sin la calavera no creeríamos en la muerte. La desaparición completa del cuerpo haría de la muerte algo inexistente.

El individualista, ese falso solitario.

Los otros devoran la soledad.

El miedo se reduce a la preocupación de dejar de ser.

Hay poemas que duran una línea.

El viento parece advertirnos...

Hay ansiedades que no son más que un siniestro placer por el miedo.

La noche espanta todas las sombras.

La historia, sucesión de cicatrices de la humanidad.

Partas a donde partas, la luna será la única que no te querrá abandonar jamás.

Los instantes son fotografías que le tomamos a la eternidad.

Hay noches de luna tan bellas que la tristeza se pone a cantar.

Hay que buscar el infinito en lo infinitesimal.

Los dientes de león que crecen entre las comisuras de las aceras sueñan ser praderas.

Las flores que crecen entre el pavimento anuncian la primavera.

Los lagos contienen todos los rostros del mundo.

La belleza voluptuosa no es más que la exageración de la belleza

Sísifo lleva la semana hasta la cima del domingo y ella cae al abismo del lunes.

Nunca se sabe detrás de cuál puerta está la muerte. Estará en aquella que crucemos.

Los suicidas buscan una salvación.

El colombiano parece programado para destruir... a otro colombiano.

Cuán ínfimo es el mundo del que solo piensa en sí mismo.

Cultivar un jardín de almas.

Ya estamos muertos. Recordamos nuestra vida pasada con tanto ahínco que nos parece vivir.

El ser cuelga de una incógnita distinta cada vez.

Somos instrumentos que nunca están completamente afinados.

La ansiedad, ese anhelo negro de futuro.

El futuro es incertidumbre, ansiedad.

Esperar el pasado; recordar el futuro.

El pensamiento es un cuchillo de carnicero que se cierne sobre la realidad.

La furia nos da una fuerza de Hércules.

Los instantes tienen su contrainstante, aquel instante que no es más que la muerte del anterior.

Tantos mueren en este instante que podríamos decir que somos sobrevivientes.

Los enemigos estorban al alma.

Una locura en la que las palabras huyeran antes de ser pronunciadas.

En la enfermedad, el yo quisiera esconderse dentro de los huesos.

La versión definitiva de nosotros mismos está lista justo en el instante de la muerte.

La creación es un instante tan definitivo como la muerte.

El alma rehúye al yo.

¿Qué no será vanidad?

El reloj del alma siempre marca: presente.

El cuerpo siempre teme al futuro.

Hay momentos en los que los olvidados aparecen de sorpresa en el pensamiento, vienen a hacerse recordar.

Los besos se evaporan en las arenas cálidas de la piel como desaparecen las huellas que borra el mar de la playa.

La conciencia nos dicta qué es lo que deberíamos hacer... El capricho, por su parte, nos conduce a su antojo.

Detrás de la palabra felicidad se esconde la palabra amor. El infeliz es aquel incapaz de amar.

La eternidad se escapa en ese instante que dejaste de saborear por distracción.

Aunque lo pretenda ninguna mirada nunca es indiferente.

La sabiduría es un oficio inútil.

Lo eterno envidia la belleza de lo efímero.

Sin partículas minúsculas, no habría universo.

Solo vemos el eco de las estrellas.

La tristeza tiene alas apolilladas.

Hay heridas con voz propia.

El día es una cascada de luz.

Las nubes son almas de agua.

La desnudez nos recuerda al Edén.

La alegría es amarilla como la sonrisa del sol.

Los pies son la arena de la playa que es el cuerpo.

La caricia es la utopía de la piel.

La noche es una mujer de cabellera larga.

El viento anda siempre sin camisa.

Quién sabe estarse en silencio conoce el alfabeto del viento.

Las nubes son olas de viento.

El beso es el tintineo entre dos copas.

Los guijarros son huevos de gárgolas.

Perderse es andar distraído.

Los gatos negros son encarnaciones de la noche.

Los días viven cansados del tiempo.

¿Cuántos sentidos tiene un alma?

Sólo los muertos podrían hablar del oficio de vivir.

Quien se hace consciente de su alma, todo le pesa menos.

Las montañas son las ancianas jorobadas de la tierra.

En las dunas se hallan las huellas digitales de la tierra.

Hay almas tan bellas que recuerdan la preciosidad de esas noches en que la luna llena contempla su rostro en el dulce reflejo de las aguas.

Hay almas tan claras que nos parece ver cómo se dispersa en colores la luz que las atraviesa.

Hay almas deliciosas que exhalan fragancia a canela.

La vida, primera caída. El tiempo, segunda caída.

Nuestro ser interior es vacío... Es una caja musical.

Nuestra alma no está en el espacio, no habita el tiempo.

Hay flautas que parecieran dibujar el llanto de dioses antiguos.

¿Qué preocupaciones etéreas acongojarán a los ángeles?

La conciencia es una señal de advertencia.

La posteridad, que no es nada frente a lo eterno.

Hay que conquistar al menos un rincón de Paraíso.

El amor es el alimento del alma.

El presente es la exclamación del tiempo.

Cuando la luna viaja le parece que nos quedamos fijos, mirándola.

Las emociones son los climas del alma.

Hay calles por las que le gusta andar a la soledad.

Al dejar de un lado el yo propio, hay que prescindir también del yo de los demás.

Dos personas que se miran a los ojos: un lago mirándose en un lago.

Ni el más vil de los criminales pierde su condición esencial. Es un simple ser humano y nada más.

Hay miradas con forma de laberinto de las que parece que no pudiéramos

salir.

Con las hebras de la noche se teje el vestido del día.

Somos pompas de jabón que alguien hinchó para verlas revolotear en el viento.

El amor es la danza de las almas.

Las dunas del desierto tienen la forma de las caricias del viento.

Las cascadas tienen la forma de los golpes de la caída del agua.

Lo que nos separa es lo que le hace zancadillas al amor.

La felicidad al alcance de la mano: el amor.

La semilla en la tierra crece alzando sus manos como queriendo abrazar al sol.

En la madrugada, el frío tiene más frío.

La belleza es la imitación de la divinidad puesta en la materia.

Hay miradas tan bellas que recuerdan las lágrimas musicales de los

ángeles.

Tristes decepcionados de la vida que se enamoran de la muerte.

Nadie les enseñó a cultivar su alma; no florecen.

Hay instantes en los que pareciera que los resortes del alma se van a romper. Sólo se estira demasiado; se vuelve a recomponer.

Si dejásemos salir esa luz que ocultamos con las sombras de nuestros adentros, iluminaríamos si quiera nuestro propio camino.

Las ciudades son una imitación barata... del infierno.

El alcohol del éxtasis musical.

El paraíso es infinito; las almas nunca lo terminan de recorrer.

La música nos eleva a alturas insospechadas en que nos parece rozar a Dios.

El presente, esa constante última vez.

En su viaje constante, el beduino vive acariciando las dunas del desierto.
El beduino, hijo del viento.

Hay acordes musicales en los que nos parece oír la voz de Dios.

Hay melodías de arpa en que se puede oír la caída del rocío en los jardines del Olimpo.

Hay mundos tan fríos donde hasta el tiempo se congela.

La vida, ese velo que se levanta en el nacimiento, que se deja atrás en la muerte. ¿A dónde nos conduce el portal?

Las plumas que vienen flotando nos advierten de la presencia... de un ángel.

El lirismo, vicio de las almas cansadas.

No podemos escuchar el grito de las células.

La migraña, etiología de muchas almas misántropas.

La belleza de las sonrisas que florecen entre las ruinas.

La única manera de alcanzar la utopía es lograrla por instantes.

La tristeza es la maestra de la reflexión.

Adentrarse en una canción y morir en ella.

Más interesante que la adivinación del futuro: la adivinación del pasado.

El agua es la amante de las flores.

La gota es la mirada del mar.

El arco iris es la sonrisa del cielo.

La tortura es la cima del fracaso, ¿o su triunfo?

Las cascadas recitan poemas de agua quebrada.

La neblina está hecha de una multitud de fantasmas.

Hay ojos beduinos cuyo color nunca se deja adivinar.

El esmog asfixia a la poesía.

El agua es siempre niña.

Los niños que esconden su mirada de los adultos... Ven monstruos en ellos.

En sus ojos vi las estrellas fugaces que ella había visto en el cielo.

La fuente se renueva en su incansable vejez.

Cansados de los otros nos ocultamos detrás de la máscara de la soledad.

La humanidad es el obstáculo de la utopía.

Todos somos niños ante la muerte.

El amor de pareja a veces no pasa de un amor de narcisos.

La desnudez es un jardín.

El mundo acabará entre la indiferencia de la humanidad

De la humanidad, como de la vida podría decirse cualquier cosa.

Hay profetas que vaticinan silencios.

En el fin del mundo las gentes no lucharían por seguir con vida, sino por perpetuar sus costumbres.

Hay soledades ataviadas de dunas del Sahara.

Unos brazos abiertos a menudo quieren decir: «aquí también puede ser tu hogar».

La libertad de liberarse de los deseos.

La sencillez, riqueza del alma.

La bondad camina tomada de la mano de la simplicidad.

El ego, esa pared entre ser y ser.

Los objetos están esculpidos de lágrimas.

Que en la obra quede el alma.

Detrás del rompecabezas de cada alma está el rompecabezas de cada forma de amar.

El gesto del orgasmo es el rostro de la agonía.

Dios se complace viendo llover en los desiertos deshabitados.

Los beduinos nunca saben sobre que duna amanecerán.

Un príncipe demasiado introvertido sería olvidado por su pueblo.

A donde vayas, ve sembrando amigos.

Hay atardeceres que se ocultan en lo más profundo de nuestro ser.

Hay mañanas en las que nacemos con el amanecer.

Nos hace falta la suficiente concentración para florecer.

Hay tristezas tan bellas que parecen tañidos de arpas etéreas.

Hay instrumentos musicales cuya alma está hecha de tristezas.

Encontramos tantas miradas en nuestros adentros.

Si no habláramos, no nos malinterpretaríamos.

El silencio disminuiría la violencia.

En la introversión encontramos espejos que solo reflejan el sí mismo hasta el mareo.

Si las orugas crían alas después de la metamorfosis, ¿en qué podríamos convertirnos después de la metamorfosis de las almas?

Hay canciones que nos hacen llorar por nuestro propio funeral.

Para ser felices habría que ser lo suficientemente valientes para prescindir

de la idea de felicidad.

La ira es el veneno de una serpiente que se muerde su propio paladar.

Las lágrimas de la flauta: su melodía.

Si se busca —no habría que hacerlo mucho—, este mundo siempre nos da razones para el llanto o la alegría.

El mundo está diseñado de tal manera que a cada uno le corresponde su dosis, aunque imperceptible a veces, de desgracia.

Hay quienes aman solo porque en los ojos del otro encuentran el reflejo... de su propia mirada.

La apariencia de lago en tranquilidad de unos ojos no quiere decir que no estén sufriendo en realidad.

Un alma tan bella como un oasis.

Un libro de aforismos, lluvia de pensamientos intrusivos.

Cada generación se siente destinada a salvar el mundo; envejece.

Desde algún punto de vista no somos más que hormigas.

La vela, en la noche, sueña ser una luz más brillante que el sol.

En la historia pareciera que el reloj siempre marcaba la hora del crimen.

Todos tenemos igual capacidad para sufrir, pero diferente percepción del mismo sufrimiento.

Diferencia no quiere decir jerarquía.

Hay reptiles que parecen piedras vivientes, otros brazos que se escaparon de un árbol.

Somos monstruos terribles para esos bellos seres que viven en el fondo abisal.

Solo la ternura nos redimirá.

Una mariposa es una flor que anheló ser ángel.

El colibrí es la utopía de la flor.

Filosóficamente es imposible amarse. Y sin embargo los amantes van cogidos de las manos por las calles largas, llenándose de besos.

El dolor es la condición intrínseca de la vida. La piedra no sabe del dolor.

Hay crueldades tan invisibles que apenas existen en los ojos de los niños.

Toda violencia comienza cuando no se es capaz de escuchar o no se quiere escuchar más.

Habría un paso a la utopía si se usaran más los oídos que la lengua.

Hay paisajes que nacen de la música, como fuentes de agua clara que manan de las montañas.

No hay verdad. En el fondo del todo solo está el diamante de... lo vacío.

El placer es tan solo otra forma de la agonía. Una agonía deliciosa.

El cuerpo, país del placer; universo del dolor.

En el bosque de la eternidad se esconden... Los instantes.

La luna se filtra por las ventanas de los cuartos de los niños. Se acerca a sus frentes, da el beso luminoso de las buenas noches.

Las nubes viven enamoradas de los árboles.

Hay poemas que exigen ser escritos. Los poetas transcriben una voz sin palabras.

La noche abraza el día. La mañana espanta a la noche.

En el espejo, una víctima. En la mirada, la fiera. Somos nuestros propios depredadores.

Las pesadas alas del dolor... Están hechas para un vuelo muy alto que puede planear.

Anhelamos un oasis; no cruzamos el desierto para llegar a él.

Este mundo, mota de polvo ante los ojos de Dios.

El país del sufrimiento tiene paisajes inolvidables.

El enamoramiento, esa monomanía del otro.

La vida, esa palabra cansada de cargar tantos sentidos.

Hay ideas que salen llorando del cerebro, lágrimas racionales.

La filosofía, esa ficción, ese género literario de las ideas.

Al escuchar una canción nos parece entender lo que ocurre. La música es lo más cercano al sentido.

Hay canciones tan fúnebres que nos parecen hacer sentir las tristes vibraciones de un grupo de personas que nos llevara a cuevas de camino a la tumba.

Conocer al amado es el horror de los enamorados. El enamoramiento, juego del reflejo de las sombras.

La soledad del enfermo es de las más curiosas: no produce presunción.

La sabiduría no podría ser más que una claridad. El verdadero sabio podría hacerse entender por un niño.

Erudición no es inteligencia.

Hay grandes pensadores, insospechados, entre la gente de a pie.

El esfuerzo es el alma de las cosas.

El desierto es una caricia del viento sobre la arena.

El oasis tiene las lágrimas de los llantos callados del desierto.

Las dunas, llamaradas de la arena.

El eco es el espejo de la voz.

El mar, ese desierto de agua.

Habría que olvidarse de la alegría y solo brindar amor.

Todo ya ocurrió en la eternidad.

La vida solo se compone de instantes.

No se escribe aforismos tanto porque se tenga el don de la palabra, sino sobre todo porque se tiene el don del silencio.

Al aforista le duelen las sílabas.

Reto del aforista: condensar el mundo en una frase.

Hay quien en momentos de crisis solo busca el refugio seguro... De su propia soledad.

Hay carreteras tan enrevesadas que solo parecen conducirnos a nuestros propios sueños.

Las cordilleras son la partitura de la Tierra.

El amor es una lágrima de alegría de Dios.

La semilla de un amor que germina aún en los desiertos.

El odio es la sonrisa del diablo.

Toda la filosofía del mundo no alcanza a valer el abrirse de los pétalos de una flor.

Otra forma de la vanidad: reconocerse a sí misma. Es la vanidad mirándose al espejo.

Los vanidosos son los otros.

En los espejos del infierno todos somos monstruos.

Si se pudiera escribir sonoramente. Si las letras cantaran por sí mismas.

Un libro de títulos de novelas que nunca se escribirán.

La grandeza está en los detalles.

Nieva sobre la luna, nieve de silencio.

Aun en sus prosas a Pessoa sólo se le puede oír recitar.

Hay que cambiar el estilo como se cambia de lapicero.

Los motivos de la risa y los motivos del llanto delatan los sentidos del alma.

La palabra es el vínculo.

El silencio compartido es una comunión en la claridad de las almas.

La sombra es la noche de las cosas.

La ciudad, desierto de ánimas en pena.

Transcurrimos en el tiempo; navegantes.

Hay instantes que parecieran estar por fuera del tiempo.

Nos le escapamos de la mano al instante.

La vida solo se conjuga en el presente.

El instante presente no vale todo el oro del mundo.

Los insectos, minucias con vida.

El instante es un reloj que marca solo una hora. Luego se queda parado para toda la eternidad.

El reloj de la eternidad marca siempre la misma hora.

El reloj de Dios no tiene horas.

Rechazamos en el otro sus defectos; nos recuerdan a nosotros mismos.

Hay una maledicencia consistente en siempre alabar a alguien.

La soledad, esa escuela de las compañías.

El pensador es un explorador del infierno de los pensamientos.

El amor de pareja tiene a veces la forma del nudo del ahorcado.

La vida es breve, sobre todo para los distraídos.

La luna, faro en el mar de la noche.

La desnudez de la mujer, pan recién horneado.

La ausencia, fantasmagoría del que no está.

La certera salida del laberinto de la vida.

El yo, ese falso vestido.

El amor es el verbo esencial. Sin él, todas las conjugaciones se derrumbarían.

La cárcel del sí mismo.

Hay instantes de utopía destinados al olvido.

La grandilocuencia quiere ocultar una carencia.

La noche es un templo solitario.

La conciencia, antorcha propia en la noche de la vida.

El instante es el pico del iceberg de la eternidad.

Sin la cera, la vela no daría luz.

Las estrellas nos persiguen.

En el país de la noche, la oscuridad no tiene fronteras.

Todos soñamos alguna vez con haber sido abortados.

El niño, los ojos atentos a la nube, pensó: «¿podrá pensar?». La nube, que observaba al niño, dijo para sus adentros: «¿podrá imaginar?».

Hay sonrisas tan bellas que parecen besar nuestra tristeza.

El universo es la morada eterna de lo infinito.

Todo instante es inesperado.

Solo la muerte da claridades a la noche de la vida.

Lo que complica la vida no es esencial.

Hay que revelar lo que de utopía tiene el instante.

A la mariposa del instante solo se le puede atrapar en el presente.

De no hallarlo, no queda más que encarnar el paraíso.

La curiosidad es la sed por la pregunta.

La noche está llena de soles tímidos.

Hay presencias más frágiles que el vuelo de una mariposa a la que devuelve el viento.

Todo instante tiene su utopía y peligro.

El instante es un aleteo de la mariposa de la eternidad.

Anochece: los puños de Dios se cierran sobre sí.

Oasis, dulce utopía del espacio.

El presente es la cima de la vida.

Las cifras son la ambrosía del avaro.

Hay soledades tan alegres como la de aquel derviche en el desierto que, desprendido de todo, perdió su dirección de tanto bailar.

La vestimenta le agrega ego al ego.

El ego es el disfraz de disfraces.

Las flautas silban paisajes de la soledad.

Cada quién naufraga en su propio desierto.

En las noches, las ramas de los árboles acarician la luz callada de las estrellas.

El artista imita a Dios: crea mundos.

Hay instantes en los que se saborea lo eterno.

La muerte resuelve todos los enigmas: los disipa.

Hay constelaciones que nacen en los más pequeños e inesperados charcos.

Hay sabidurías que duelen como la picadura de una serpiente.

La tristeza que nos evoca un árbol caído se asemeja a la de la muerte de un Dios.

Los días son piedras que caen de la montaña de... la eternidad.

La pereza es el moho de las almas.

Hay que saber qué palabras proferir. No se debe arruinar el silencio gratuitamente.

La patria del nómada es el viento.

La semilla se está concentrada hasta germinar. Entonces se centra en crecer.

Las piedras están hechas de silencio mineral.

Amar es, ante todo, dar.

El mejor regalo: el amor.

La calidad de las palabras denotan la calidad de un vínculo.

El soldado es la unidad de medida de la inutilidad de la guerra.

Ante una ventana abierta se parece estar en una cima del mundo.

El amanecer marchita todas las estrellas de la noche.

Sin transformación, la vida es sino rutina.

La capacidad de creación es una forma de la divinidad.

Escribir un poema con las lágrimas de un ángel.

Las lágrimas son las palabras del alma.

El último grado de toda ideología es la paranoia.

Hay verdades eternas como las hojas de un árbol marchito.

En el fondo de las almas hay un espejo... No refleja nada.

El ego es tan solo la sombra del alma.

Universal quiere decir eterno individual.

Hay combinaciones mágicas de palabras para acceder a lo divino.

El triunfo es accesorio al esfuerzo.

Sin el camino, no hay mirada del atardecer desde la cima de la montaña.

Envejecer es hacerse árbol de sí mismo.

Las balas no son las asesinas; asesinan primero los pensamientos.

Hay lugares tan maravillosos que nos resistimos a quedarnos en ellos, a riesgo de transformarlos en rutina espacial.

Las hojas de los árboles anhelan acariciar el sol.

El amor es el himno de la alegría de las almas.

El sufrimiento es la Gran Experiencia.

El enamoramiento no es más que un amanecer del amor, que brilla en su plenitud a medio día.

La decepción es la eterna tristeza de que la realidad no sea la copia de nuestros pensamientos.

La oración es el poema que se le susurra a la soledad de Dios.

Se enamora de una máscara, luego hay que descubrir al ser humano.

Hay canciones cuya melodía parecieran buscar el centro del universo.

Acaban justo antes de hallarlo.

El instante futuro es aquel que se puede crear.

El pasado es un monstruo que nos persigue; el futuro, uno que queremos dibujar a nuestro antojo.

La percepción del presente vivifica.

Hablar de la vida no es vivir.

El olor a canela de las cosas divinas.

La luna llena es el reflejo en la noche del aullido de los lobos.

La enfermedad nos hace sentir verdaderamente profundos.

El débil se siente fuerte con el menor de los esfuerzos y, en razón de sus energías, su esfuerzo es verdaderamente grande.

La anemia, esa tristeza de la carne.

El orgasmo es una alegría del cuerpo que lo deja triste cuando se va.

Hay que encarnar la belleza para poderla crear.

Los fantasmas se aglomeran en los sitios abandonados. Están hechos de soledad.

Habría que escalar la cima del sí mismo, no a las cimas de los demás.

Hay sabidurías que no son más que viento de palabras.

La música andina es transmigración del alma de la cordillera en el corazón del aborígen.

El sol del medio día envidia la luz introvertida de las estrellas en la noche.

Las nubes danzan en su escenario. Representan las innumerables formas de su cuerpo aéreo.

Los árboles son góticos y barrocos a la vez.

El sombrero, esa tapa natural del frasco humano.

Las nubes rectas: jabalinas lanzadas por Apolo.

Esos que nos quedan mirándonos como si nos reclamaran algo, pero no articulan nada... Mendigan el silencio de las almas.

El ser humano es un animal que espera.

La ciudad es un universo lleno de constelaciones de lo artificial.

Todas las dunas del desierto funcionan como camino.

El desierto es un camino sin trayectoria única.

La arena del desierto, camino inagotable.

Como el agua, el alma humana intenta acomodarse de la mejor manera al lugar que habita. Adaptándola a sí, a la vez que adaptándose a ella.

Las músicas autóctonas dan la ilusión de una alquimia del paisaje en el alma humana que las crea... Como si las aves, los animales, las plantas, las piedras, las arenas, el agua y el viento que allí concurren, les hubiera enseñado la música a las gentes.

Los lugares dejan huellas en nosotros, nos terminan habitando.

El paisaje es personaje.

Hay almas que parecieran engalanadas de paisajes lejanos.

Las estrellas trazan el camino hacia una habitación donde cuelga un

espejo sin imágenes.

Nos hace falta más sentidos para percibir lo eterno. Nuestros sentidos apenas nos permiten saborear la sensación del tiempo.

La grandeza no necesita promocionarse.

El aforismo: germina tan lento, se lee tan pronto.

La fe, ese sentimiento de lo imposible.

La embriaguez es un viaje.

La experiencia, ese prejuicio de lo que es la vida.

El amor es un paisaje del alma.

La escucha es una auténtica forma del amor.

La semilla contiene al árbol.

El amor es, ante todo, creación.

Hay noches en las que las nubes se convierten en ladronas de estrellas.

El alma no es la mecha, ni la cera, ni el fósforo; es el fuego que arde en la mecha con el calor del fósforo, que derrite la cera.

El ruido exterior denota la falta de música en el alma.

Los sentimientos resuenan según el tamaño del corazón que los experimenta.

Experimentar la grandeza da la sensación de pequeñez.

El mundo está lleno de heridas. Cuídate de no andar sobre una.

El castigo nada remedia.

Es el alma musical del universo, que nadie puede ver.

La soledad es el destino de las estrellas más singulares.

¿Quién, pero quién nos salvará de nosotros mismos?

No tenemos derecho si quiera a arrancarle los pétalos a una flor.

En la noche del salvajismo brilla la luna de nuestra conciencia.

El abrazo es el abrigo de las almas.

Hay soledades quebradas como el pico de las montañas; soledades suaves como la piel de las dunas de los desiertos; soledades vastas como el horizonte agotador de las llanuras; soledades barrocas como las lianas que trepan los árboles de las selvas; soledades inundantes como el agua en el mar; soledades inciertas como una lluvia casi imperceptible; soledades tan bellas como un atardecer.

La noche universal de los ojos cerrados.

La angustia, esa sed maldita.

El amor es una artesanía de las palabras y la danza.

El corazón del desierto es el oasis.

El infierno está plagado de falsos ángeles.

Hay miradas tan bellas que parecieran a punto de alzar el vuelo.

A cada cual según su cruz.

He descubierto una gran verdad... Se me perdió en los bolsillos rotos.

Al apagarse la luz se encienden... las almas.

Las cuatro paredes de... la patria.

Después de la ascensión, la transmigración.

Hay poemas tan largos que olvidan decir algo.

La nube es una vejez del agua.

La luz cariñosa de las estrellas no produce sombra.

El día es el grito de la noche.

La luz de las estrellas: su silencio.

Los instantes, bandada de aves blancas que huye.